

Más gravemente lesionado sintióse aún el Arriendo cuando el contralor general, en interés de los aldeanos y de los obreros, eximió por decreto del Consejo de enero de 1775, de derechos de registro y de traspaso los contratos de arrendamiento de bienes rurales, los convenios otorgados para la redención de las rentas señoriales y los documentos y contratos relativos á los oficios. Turgot le quitó, además, el monopolio de la venta de la sal que se había hecho otorgar en las provincias redimidas del Centro (Auvernia, Marca y Limousin) y la percepción de las cuotas adicionales creadas en 1771 sobre las mercancías que circulaban dentro del reino. Por otra parte impidió que los asentistas se procurasen protectores en la corte, prohibiendo las *croupes* ó participaciones de beneficios, aunque sin conseguir, por esto, la supresión absoluta de tan abusiva práctica. Prohibióles asimismo que se asociaran á sus hijos menores de veinticinco años y sin previo aprendizaje y les obligó á reservar los cargos superiores de que disponían para los agentes que hubiesen dado pruebas de capacidad. Finalmente el contralor decidió que, en lo sucesivo, en caso de disidencia entre el Arriendo y los contribuyentes, el beneficio de la duda aprovecharía á estos últimos. Los arrendatarios protestaron, diciendo que con ello se fomentaría el fraude y que, al terminar el contrato, tendrían que reclamar una indemnización; pero los hechos no justificaron estos temores. El comercio, libre de trabas, desarrollóse bruscamente y, en realidad, los ingresos del Arriendo aumentaron de un modo considerable. La opinión pública aplaudió francamente las medidas adoptadas contra los asentistas á quienes detestaba, pero éstos juraron un odio á muerte al contralor general.

Turgot quiso hacer economías mediante la supresión de abusos; dió ejemplo de desinterés reduciendo sus emolumentos de ciento cuarenta y dos mil libras á ochenta y dos mil, y rechazando la gratificación de cincuenta mil que solían dar anualmente al contralor general los asentistas; obligó también á su predecesor á restituir trescientas mil libras que había recibido de aquéllos como anticipo cuando la renovación del contrato. En cambio no pudo lograr que se disminuyeran las pensiones señaladas á los cortesanos, á los ministros y á la servidumbre de la corte. Consiguió que ningún ministro pudiese ordenar un gasto en su departamento sin el asentimiento del contralor general; pero no pudo suprimir las órdenes de pago que permitían al rey disponer arbitrariamente de la hacienda. Persiguió los empleados inútiles, suprimiendo los interventores de los embargos reales y los recaudadores alternativos de los pechos, y rebajó, en cerca de seis millones, los gastos de cobranza de los impuestos.

Detuvo el aumento constante de la deuda exigible disminuyendo la cantidad de los empréstitos garantizados con los ejercicios futuros y reembolsó ciertas rentas. A fines de 1775, había un déficit de diez y ocho millones seiscientos mil libras, pero se habían reembolsado veinte millones de la deuda constituida y tres millones seiscientos mil libras de billetes de los Arriendos; de suerte que los ingresos habían superado en cinco millones á los gastos. Estas reformas habían aumentado la popularidad de Turgot; pero en cambio habían descontentado á los que vivían de los abusos.

Las reformas financieras, aun cuando Turgot sólo de una manera imperfecta lograra realizarlas, eran, no obstante, las más fáciles de cuantas quería acometer. Las grandes dificultades presentáronse con motivo de las reformas económicas y sociales, y antes con motivo de la reforma de la legislación de los granos (1). En sus *Cartas sobre el comercio de los granos*, había denunciado en 1770 la falsedad del sistema que hacía del Estado el regulador de un comercio que no podía ser regulado, y el proveedor de la nación á la que no se tenía la seguridad de poder alimentar. Cuando fué nombrado contralor, el trigo, á pesar de las restricciones introducidas por Terray en el ensayo de la libertad hecho en 1764, se mantenía caro y el tráfico de los trigos del Estado daba lugar á acusaciones de concusión. Un secretario de la agencia real, Brochet de Saint-Priest, fué denunciado por hacerse adjudicar el cuarenta por ciento de comisión sobre las operaciones; Turgot le destituyó y suprimió la agencia.

Turgot comprendía perfectamente que el gobierno no podía seguir comprando más caro y vendiendo más barato que los particulares y que sólo el comercio libre podía surtir de una manera normal los mercados; así es que un decreto del Consejo de 13 de septiembre de 1774 ordenó la libre circulación de los trigos por el interior del reino y autorizó la importación de cereales extranjeros. Para tomar sus precauciones contra el hambre y dar al comercio libre tiempo para organizarse, estableció Turgot en los antiguos almacenes de la agencia, en Corbeil, un depósito de granos y harinas del que el lugarteniente de policía mandó sacar diariamente las cantidades necesarias para el aprovisionamiento de las panaderías de París, y hasta se fabricó un pan oficial, «el pan del contralor general,» que se vendió en varios almacenes á nueve sueldos menos un ardite las cuatro libras.

La nueva legislación excitó el entusiasmo de los Filósofos y de los Economistas. Las provincias, escribía Voltaire, «lloran de alegría después de haber llorado durante mucho tiempo de desesperación;» el rey «es un padre que instruye á sus hijos, toca sus llagas y las cura. Es un señor que da la libertad á los hombres á quienes se había hecho esclavos.» Y en una carta á d'Alembert ensalzaba el decreto de septiembre: «Acabo de leer la obra maestra del Sr. Turgot; parece que se descubren nuevos cielos y nuevas tierras.» Los propietarios, los colonos y los comerciantes acogieron también con aplauso aquella disposición; pero los hombres de negocios, á quienes Baudeau llama «alcabaleros,» las gentes «del primer piso en la ciudad,» es decir, los señores del Parlamento, y el «bajo populacho» lo reprobaban: los primeros porque ya no podían especular; los segundos porque se rebajaban sus derechos de policía sobre el aprovisionamiento de París, y la gente pobre porque temía una nueva hambre.

El problema de la *corvea* (trabajo gratuito y forzoso) habíase planteado también desde los primeros días, y aunque el contralor general habría querido de buena gana aplazarlo, sus amigos le recordaron las opiniones que hacía poco había sustentado sobre este asunto. ¿No era acaso la *corvea* un atentado contra la dignidad hu-

(1) Véase volumen anterior, págs. 520 y 546.

mana, una explotación de los pobres por los ricos? Por esto aquellos amigos de Turgot querían que fuese reemplazada por un impuesto en dinero pagado por los propietarios; pero el contralor general, desde que estaba en el poder, veía mejor las dificultades que tal reforma entrañaba, temiendo la oposición de los privilegiados á una medida que estimarían como un acto de revolución social, y preocupándose también de las críticas de la administración de Puentes y Calzadas. Varios ingenieros, en efecto, consideraban que la corvea les era indispensable para terminar y conservar la red de carreteras y, sin negar que fuese onerosa para el pueblo, decían que una contribución pecuniaria lo sería aún más y podría, por añadidura, ser distraída del objeto para el cual se creara. Esta opinión merecía ser tenida en cuenta; pero Condorcet ridiculizaba á los ingenieros y sobre todo á su jefe Perronet. La abolición de la corvea, decía, era el único bien general «pronto, sensible», que podía realizarse en seguida; las provincias la esperarían como un beneficio «inapreciable» y la acogerían con «transportes de alegría.» En su consecuencia, el contralor general decidióse á presentar al Consejo un proyecto de abolición de la corvea que fué aprobado en principio; una circular de 6 de mayo ordenó á los intendentes que provisionalmente suspendieran la requisición para los trabajos de carreteras y otra de 28 de julio les pidió su parecer. Algunos hablaron de la resistencia segura de los privilegiados; otros, entre ellos, La Bourdonnaye de Blossac, intendente de Poitiers, opinaron que debía en todo caso conservarse la corvea, aunque mejorando su funcionamiento; pero, la mayoría de ellos se declararon favorables á la reforma. El intendente de Champaña, Rouillé d'Orfeuil, escribió al ministro:

«Estoy íntimamente persuadido de que no hay operación más necesaria para el alivio del pueblo que el cambio de la administración de las corveas de los caminos. Tengo asimismo el convencimiento de que es de absoluta justicia hacer que contribuyan á esta carga todos los privilegiados.»

El despecho de los ingenieros fué tanto mayor cuanto que Turgot encargó á Condorcet, á Bossut y á d'Alembert que revisaran sus planos; entonces surgió un conflicto entre la gente práctica de los Puentes y Calzadas y los teóricos de la Academia de ciencias, y Turgot no fué para los ingenieros de los Puentes y Calzadas más que un espíritu quimérico.

Otros muchos actos de Turgot conmovían la opinión. Como creía que la libertad de escribir prepararía el triunfo de la razón, ayudó al abate Baudeau á restablecer sus *Nuevas efemérides económicas* y se declaró dispuesto á examinar todos los folletos de los proyectistas. Inmediatamente se produjo un diluvio de publicaciones de las que se quejaron especialmente los obispos y asentistas; pero habiendo Linguet y Frerón atacado, á su vez, á los Economistas y á los Filósofos, éstos invocaron la autoridad, y, por un decreto del Consejo de 2 de abril de 1775, hicieron suprimir un libelo de Linguet contra los Economistas y el periódico de Frerón, *L'Année littéraire* (*El Año literario*) porque había atacado á Diderot. Este acto de intolerancia les desacreditó durante algún tiempo y perjudicó bastante á Turgot.

II. — Esfuerzos contra Turgot (mayo diciembre de 1775)

La posición de Turgot parecía, sin embargo, sólida. Maurepás aparentaba hacerse solidario de él y en un principio se había propuesto aconsejarle: «Señor, parece que le dijo, procurad atender al presente sin que braros la cabeza en buscar el fondo de las cosas.» — «Señor, dícese que le respondió Turgot, si la máquina de nuestra hacienda descansa sobre bases podridas, sería prudente consultar con arquitectos para formar el plano de un edificio nuevo.» Maurepás esperó, sin duda, que la experiencia curaría de sus ilusiones al reformador y le defendía contra sus detractores. En cuanto al rey, apreciaba en Turgot al intérprete lúcido de su buena voluntad sincera y confusa.

Pero comenzaba á formarse un partido adversario de las reformas, al frente del cual figuraban hombres de negocios, asentistas, que se sentían en peligro y á quienes se entonaba ya el *De profundis*:

Gracias al buen rey que reina en Francia,
Vamos á ver la gallina en el puchero.
Esta gallina son los hombres de negocios,
A quienes el buen Turgot desplumará.
Para cocer esa carne maldita
Se requiere la Greve como marmita
Y el abate Terray como haz de leña.

Los asentistas acusaban á Turgot de ser un espíritu sistemático y un charlatán, de abandonar cada día alguna rama de la «recaudación», de llevar al reino á aquella bancarrota que pretendía evitar, de preparar el hambre; y Linguet, que estaba á sueldo de ellos, era quien dirigía la guerra de la pluma. «No me asombra—escribía Voltaire—que unos cuantos bribones, engordados con nuestra sangre, se declaren en contra del Sr. Turgot que quiere quiere conservarla en nuestras venas.»

Los devotos se unieron á los asentistas y motivos tenían para ello, pues aunque el contralor general cuidó de respetar los intereses del clero, sospechaban de él que meditaba peligrosas innovaciones. La libertad del comercio de la carne durante la cuaresma les indignó, y Voltaire les exasperaba preguntando qué mal había en que la gente del pueblo comiese en tiempo de abstinencia «un pedazo de tocino rancio» con «pan moreno», cuando los ricos procuraban su salvación con lenguados y rodaballos. Los devotos sabían que el contralor no iba á misa y que era partidario de la tolerancia religiosa y le veían en relaciones amistosas con los «corifeos del materialismo.» Condorcet pensaba pedir á Turgot que abriese los ojos al rey con una «obra clara y moderada» sobre los «crímenes» de la Iglesia; el contralor reprochó á sus amigos sus «impaciencias» y sus «locuras», pero tales reproches fueron inútiles, pues Condorcet en la *Lettre d'un théologien* (*Carta de un teólogo*) y Voltaire en el *Dialogue entre Dieu et le P. Hayet, récollet* (*Diálogo entre Dios y el P. Hayet, recoleto*) continuaron sus acusaciones contra la Iglesia católica.

Los devotos intentaron turbar el ánimo del rey haciéndole ver la irreligión de su ministro, contra el cual las grandes damas del partido, las «madres de la Iglesia jesuitica», hicieron una campaña en los salones anunciando, además, su próxima desgracia; pero Luis XVI se mantenía firme y si alguien le denunciaba los princi-

pios y las amistades del contralor general, contestábale: «¡Qué importa! Es un hombre honrado é ilustrado y esto me basta.» Los Filósofos, comentando esta frase, decían: «No denuncia un santurrón gobernado por la clerigalla, sino un alma enérgica y justa.» Por esto los devotos acusaban al rey de impiedad.

Finalmente los amigos de Choiseul, que en un principio creyeron que el contralor general era de los suyos, le atacaron cuando le vieron tan sólidamente establecido que nadie pensaba ya en un ministerio Choiseul, y se mofaban de los salones amigos de Turgot, el salón Boufflers y el salón Lespinasse.

En los comienzos del año 1775 los enemigos de Turgot encontraron una ocasión favorable para atacarle á fondo. El ensayo de la libertad del comercio de los granos no había dado buen resultado: la cosecha de 1774 había sido mala y los cereales importados del Norte no remediaban su insuficiencia; de manera que el precio de la libra de pan subía, en mayo, á tres sueldos y cuarto. Turgot, á quien Linguet acusaba de enriquecer á los propietarios, «esas divinidades económicas», con la libertad del comercio de los granos, y de hacer perecer de hambre á los consumidores, contestó que la carestía había sido también tan grande entonces como en tiempo del monopolio; que era hija de causas accidentales, y que la competencia de los detentadores de granos, unida á la importación extranjera, no tardaría en determinar una baja de los precios. Pero el miedo enloquecedor del hambre se había propagado y había empezado la «guerra de las harinas.»

En la primavera de 1775 habíase propalado en varias provincias el rumor de que algunos particulares habían acaparado granos y el pueblo acusaba á esos «monopolizadores» de que provocaban la carestía y encarecían el precio del pan. En Dijón, un pequeño aumento en el precio del trigo en el mercado determinó inopinadamente un motín que, sin embargo, no revistió gravedad: una pandilla de muchachos y de mujeres saqueó un molino é insultó á algunos notables de la población (1). En Picardía y en la Isla de Francia, granjas, molinos, barcas cargadas de granos son saqueados por cuadrillas que se engrosan con jornaleros hambrientos, cazadores furtivos, contrabandistas, criados de grandes señores y hasta con salteadores de caminos, formándose así el ejército de «Juan Harina.» Acúsase á la camarilla hostil á Turgot de que apoya en secreto á los amotinados, porque se observa que las pandillas se organizan militarmente, conciertan sus operaciones y tienen dinero. Estas pandillas invaden los mercados, los perturban violentamente, detienen los barcos, penetran en las granjas ó en los molinos, incendian los almacenes y arrojan al río los cereales y las harinas; sus cuarteles generales son los bosques de Villers-Cotterets y de Bondy, desde los cuales bajan el Oise por Creil y Beaumont. En 28 de abril, unos amotinados detienen en Pontoise las provisiones destinadas á París y, dos días después, saquean depósitos de trigo en Brie-Comte-Robert, Meaux, Saint-Maur y Saint-Germain; su propósito es, evidentemente, producir el hambre en la capital.

El día 2 de mayo, Versalles es invadido por cuadri-

(1) Véase Girod, *Les subsistances en Bourgogne et particulièrement à Dijon, de 1774 à 1789*, en la «Revue Bourguignonne» de 1906

llas que penetran hasta en los patios del palacio; Turgot hállase ausente desde la víspera, pues ha ido á París á ponerse de acuerdo con el intendente, el lugarteniente de policía, Le Noir, y el mariscal de Birón, gobernador de París. Los que rodean al rey quisieran que éste desautorizase el decreto del Consejo de 13 de septiembre; pero el monarca, en dos cartas sucesivas escritas una á las once de la mañana y otra á las dos de la tarde, manifiesta á Turgot que puede contarse con su firmeza, y por orden suya acuden los guardias á proteger el mercado. El jefe de éstos, Sr. de Poix, es insultado y cubierto de harina; pierde la serenidad y pregunta á qué precio se quiere el pan. «A dos sueldos,» le contestan, é inmediatamente ordena á los panaderos que vendan á este precio su mercancía, retirándose entonces los amotinados sin que nadie les moleste. Luis XVI califica de «necia maniobra» la concesión hecha y Turgot acude apresuradamente á Versalles y prohíbe que se exija á los panaderos el pan á menos precio del corriente.

Creía el contralor general haber puesto París en estado de defensa, pues Birón tenía tropas suficientes para guardar los mercados y vigilar los pasos del Oise, del Bajo-Sena y del Marne y los mosqueteros negros y los grises estaban acuartelados en el arrabal de San Germán y de San Antonio respectivamente; esto no obstante, el 3 de mayo, por falta de vigilancia de la policía, los amotinados entraron en la ciudad por grupos aislados. Le Noir, que había desaprobado el decreto del Consejo de 13 de septiembre, secunda débilmente á Turgot y exige órdenes escritas; el contralor se ve obligado á volver á París y mientras él y Le Noir parlamentan, los amotinados se reúnen, asaltan los mercados, roban el pan de las panaderías y lo arrojan á la calle. En los arrabales de San Martín y de San Antonio el desorden reviste gran violencia; ciérranse las tiendas de la calle de San Honorato; varios desconocidos, llenas las manos de oro, excitan al pueblo á levantarse en armas, y la ronda se retira ante los revoltosos, que la siguen de lejos como si les inspirase miedo. Pocas fueron las detenciones que se practicaron, porque si los mosqueteros entregaban algún preso á la policía, ésta poníalo en libertad inmediatamente.

En Versalles, un consejo reunido á instancias de Turgot, en la noche del 3 al 4, logra del rey que se adopten medidas rigurosas y, el contralor, apoyado por el secretario de Estado de la Guerra, du Muy, recaba para sí la autoridad militar «en lo que atañe á los disturbios,» exige la destitución del lugarteniente de policía, de dos de sus principales auxiliares y del jefe de su ronda, Lelaboureur, y pone al frente de la policía al intendente de comercio Albert y al frente de la ronda al capitán de los guardias franceses Dubois. Organízanse dos ejércitos, de los cuales uno, mandado por Birón, ha de vigilar París y el otro, á las órdenes del marqués de Poyanne, ha de operar en la Isla de Francia, y en la mañana del 4 de mayo se instalan las tropas en los mercados, en las plazas públicas y en las panaderías. Los mosqueteros y la ronda recorren la ciudad y se consigue hacer cesar el saqueo, limitándose los amotinados á ejecutar algunos actos aislados—tales como insultar á los centinelas, desempedrar las calles y fijar pasquines como éste: «Si el pan no baja, si no se cam-

bía el ministerio, exterminaremos al rey y á toda la raza de los Borbones.» Turgot prohibe los grupos bajo pena de muerte y la justicia del preboste hace algunos escarminos ejemplares, ahorcando á dos revoltosos. El día 6 de mayo, París había recobrado su aspecto normal y sólo en la isla de Francia quedó alguna agitación que se prolongó hasta el otoño.

Los íntimos del contralor general acusaron á los ministros de éste de haber provocado ó fomentado la rebelión; y, sin embargo, los colegas de Turgot no fueron, al parecer, culpables de otra cosa que de indiferencia respecto de él, puesto que le dejaron luchar solo contra las dificultades que, en su concepto, había provocado. Algunos, pretextando que entre los amotinados se había visto á varios eclesiásticos, incriminaron al clero; otros sospecharon de ilustres personajes, especialmente del príncipe de Conti, y la masa del público creyó que los disturbios eran obra de los asentistas y de los monopolizadores de la antigua agencia de los trigos. Las personas mejor informadas afirmaron que la guerra de las harinas no había tenido instigadores, sino que unos cuantos intrigantes habían tratado de explotarla. Por lo demás, es imposible determinar con precisión las responsabilidades en este asunto y el mismo rey rompió el legajo de los informes que recibió.

El Parlamento había intervenido en la revuelta, protestando en 4 de mayo contra un edicto que instituía una comisión prebostal para juzgar á los sediciosos y á sus cómplices, y mandando que los amotinados fuesen juzgados por la primera cámara: «Al rey, añadía, se le suplicará humildemente que tenga á bien tomar cada vez más eficazmente las medidas que le inspiren su prudencia y su amor á sus súbditos para hacer que el precio de los granos y del pan baje á una tasa proporcionada á las necesidades del pueblo.» El edicto fué casado y el 5 de mayo el gran maestro de ceremonias fué al Palacio para comunicar al Parlamento que el rey presidiría aquel mismo día una sesión magna en Versalles. En aquella asamblea Luis XVI hizo leer una «proclamación» que sometía á los rebeldes á la justicia de los prebostes generales de las mariscaldas, asesorados, en caso de necesidad, por individuos de los presidiales.

«Queremos y ordenamos, decía, que los procedimientos comenzados sean llevados á la escribanía de dichos prebostes ó de sus lugartenientes. Prohibimos á nuestros tribunales de Parlamento y á nuestros demás jueces que conozcan de ellos, no obstante todas las ordenanzas y demás cosas contrarias, las cuales derogamos en lo que sea necesario; y todas las sentencias que hayan podido dictarse queremos conceptuarlas como no dictadas.»

El Parlamento decidió aplazar las representaciones «para tiempo más oportuno.»

Los adversarios de Turgot le acusaron de ser el verdadero autor de los disturbios, y en París se cantaba:

«¿Es el tan aborrecido Maupeou
Quien nos encarece el trigo en Francia?
¿O bien es el abate Terray?
¿Es el clero, es la banca?
¿Es la venganza de los jesuítas?
¿O una grotesca jugarreta del Inglés?
No ño es nada de eso la última palabra
¿Pero queréis que en confianza
Os lo diga?.. Es Turgot.

Una sátira *L'expérience économique* (*La experiencia económica*) le trató de causante del hambre que sacrificaba el pueblo á sus sistemas, y tuvo gran éxito *La législation et le commerce des grains* (*La legislación y el comercio de granos*) obra del banquero genovés Necker, partidario del régimen reglamentario, quien se presentaba como jefe de la escuela colbertista contra los sullistas ó partidarios de la libertad, y cautivaba al lector con efusiones sentimentales del gusto de la época.

Condorcet, en sus *Lettres sur le commerce des grains* (*Cartas sobre el comercio de los granos*), en sus *Réflexions sur le commerce des blés* (*Reflexiones sobre el comercio de los trigos*) y en su *Lettre d'un laboureur de Picardie à Mr. N.... auteur prohibitif* (*Carta de un agricultor de Picardía al Sr. N.... autor prohibitivo*), intentó, aunque sin resultado, luchar contra el regreso del colbertismo; y, no fueron más afortunados Morellet ni Bandeau. Voltaire escribió un brillante libelo contra Necker, la *Diatriba à l'auteur des Ephémérides* (*Diatriba contra el autor de las Efemérides*), en el que decía, á propósito del decreto de septiembre: «Hace sesenta años que leo edictos; casi todos nos despojaban, en estilo ininteligible, de la libertad natural; pero al fin se ha dictado uno que nos devuelve la libertad y sin pena oigo todas sus palabras. Es la primera vez que un rey raciocina con su pueblo; la humanidad sostenía la pluma y el rey ha firmado.» Como el libelo contenía fogosos ataques contra el Parlamento y el clero, exasperó á estas dos entidades sin conquistar adeptos al ministro.

La represión de los disturbios había provocado rencores y el rey recibía avisos siniestros y hasta amenazas. A propósito de esto el marqués de Mirabeau hizo la reflexión siguiente sobre la complicidad de los privilegiados, en el motín: «Nada me asombra como no sea la atrocidad ó la necedad de los que se atreven á enseñar al populacho el precio de su fuerza, y no sé de dónde se saca la opinión de que se contendrá la fermentación de las cabezas.» Los privilegiados eran, en efecto, muy imprudentes en ayudar ó aplaudir los movimientos revolucionarios.

Turgot había, pues, pagado cara su victoria: en el ministerio, Maurepás se separaba de él y Miromesnil se apercebía á hacerle traición, y sus numerosos adversarios redoblaron sus esfuerzos. El clero, cada vez más exasperado por los ataques de los Filósofos, de Voltaire, que denunciaba la propiedad monástica como un efecto de la superchería y del fanatismo, y de Holbach, que en su *Théologie portative* (*Teología portátil*) había reunido los argumentos contra la divinidad de Cristo, la moral del Evangelio, la autenticidad de los libros sagrados y la misión y el carácter de los ministros de la Iglesia, púsose en oposición abierta con él, y se resistió cuando el rey, por consejo de Turgot y de Lomenie de Brienne, invitó á los obispos á que propagasen entre sus fieles la doctrina de la libertad de comercio y les ilustrasen acerca del origen de los disturbios.

Los obispos consiguieron un triunfo en el asunto de la coronación. Los Filósofos pedían la abolición de esta costumbre anticuada, y Turgot, que se contentaba con un cambio de lugar, y una modificación del ceremonial, propuso al Consejo que hiciese coronar á Luis XVI en París, por razones de economía, y substituyese al juramento de exterminar á los herejes esta nueva fórmula:

«Todas las iglesias de mi reino pueden contar con mi protección y con mi justicia.» El rey aprobó las intenciones de su ministro, pero no quiso modificar nada de la solemne costumbre; así es que la coronación se efectuó en Reims con la pompa ordinaria y en ella se prestó el antiguo juramento. Dícese que el monarca encontró que la corona pesaba y era incómoda. Luis XVI fué aclamado con frenesí y la reina, conmovida por el general entusiasmo, lloró de alegría.

Poco tiempo después hubo en el ministerio un cambio favorable á Turgot. La Vrilliere, secretario de Estado de la Casa del rey dimitió, y el partido de Choiseul esperó que su jefe volvería á entrar en el gobierno; pero el rey declaró que expulsaría á Choiseul de la corte si se obstinaban en hablarle de hacerle ministro. Maurepás, por miedo á los choiseulistas, declaróse en pro de un amigo del contralor general, Malesherbes, quien fué nombrado en 21 de julio de 1775. Lamoignon de Malesherbes, hijo de un director de la librería, tenía entonces cincuenta y cinco años; era de apariencia y costumbres modestas, llevaba una peluca magistral, de la que se burlaban los cortesanos, y tenía una fisonomía franca y alegre y ojos en que brillaba la inteligencia. Generoso y tolerante, orador á quien se comparaba con Cicerón, era aficionado á las letras y á las ciencias, á la filosofía y á la economía política. Hombre de gabinete, no se sentía apto para la acción y fué menester rogarle para que aceptase el ingreso en el ministerio. No había de ser una gran ayuda para Turgot, pero su presencia en los consejos aumentaba la consideración de que aquél gozaba.

Malesherbes era ya conocido por haber redactado las representaciones del Tribunal de Arbitrios de febrero de 1771 (1). En mayo de 1775 había redactado otras nuevas que se divulgaron entre el público en cuanto entró en el ministerio y en las cuales reclamaba la disminución del poder de los intendentes, el concurso de los Estados generales y de las asambleas provinciales para establecer el reparto y la intervención de los impuestos y una reforma total en la hacienda. Por otra parte, sabíase que era partidario de la libertad religiosa y de una reforma de la organización eclesiástica. Los devotos y los privilegiados se burlaron de aquel utopista: «He aquí nuestro gobierno desempeñado por los Filósofos,» escribían; «es el reinado de la virtud, del amor al bien público, de la libertad; el reinado de los Platones y de los Sócrates;» pero esas pobres gentes están muy expuestas «á ser envenenadas por las cigarras,» es decir, por los Economistas. Los Filósofos estaban en sus glorias: la señora de Lespinasse anunciaba que el gobierno de Turgot y de Malesherbes dejaría «profunda huella en el espíritu de los hombres,» Voltaire celebraba el triunfo de la razón y d'Alembert escribía: «Una aurora más pura viene á nosotros.»

Cuando en octubre de 1775 falleció el ministro de la Guerra du Muy, Turgot y Maurepás se pusieron de acuerdo para evitar el nombramiento de Castries, el candidato de los choiseulistas, y el sucesor de du Muy fué el conde de Saint-Germain; Turgot logró la adhesión de éste á su programa de economías y se aprovechó del cambio ministerial para agregar á su departamento

(1) Véase el volumen anterior, pág. 527.

la administración del vestuario, de los víveres y de los forrajes militares. En aquel momento, el contralor general que disponía del rey y de varios ministerios, era verdaderamente el árbitro del Estado; pero la lucha con el clero y la magistratura hacíase más encarnizada de día en día.

Lamoignon de Malesherbes, que, por sus atribuciones como secretario de Estado de la Casa del rey, tenía á su cargo los asuntos de la religión reformada, prohibió á los obispos que arrebatasen á los hugonotes sus hijos para instruirlos en la religión católica; y Turgot, que, en junio de 1775, había entregado al rey su memoria sobre la tolerancia, preparaba, por su parte, un edicto para «validar» los matrimonios protestantes y se informaba en el extranjero respecto de los efectos producidos por la revocación del edicto de Nantes, á fin de demostrar al rey la necesidad de volver sobre aquella disposición. Propuso á la asamblea del clero, que se reunió en julio de 1775, que hiciese laica la enseñanza, que substituyese la administración dispendiosa de los hospitales por un sistema de socorros domiciliarios, que prohibiese, por razón de higiene, la inhumanación en las iglesias y que redujese los privilegios financieros de los eclesiásticos; mas á pesar de los esfuerzos de los prelados liberales, entre los que estaba el arzobispo Lomenie de Brienne, la asamblea no quiso acceder más que á lo de la prohibición de las sepulturas en los edificios del culto; y si votó un donativo gratuito de diez y seis millones, fué con la condición de que el rey añadiría anualmente 500.000 libras á las 600.000 que el clero destinaba á la amortización del empréstito por él contratado para el pago de los diez y seis millones. Después de esto los arzobispos de Bourges y de Narbona declararon atentatoria á la voluntad de Dios toda reforma que pretendiese substituir los donativos voluntarios del clero por una contribución de Estado. Los liberales, Brienne y algunos más, propusieron que se admitiese la validez de los matrimonios protestantes, pero su proposición fué rechazada.

La asamblea hizo aún más, y fué, enviar al rey una diputación para recordarle el juramento de la coronación y entregarle una memoria sobre la necesidad de «cerrar la boca al error:»

«En vano se intentará—decía la memoria—imponerse á Vuestra Majestad con especiosos pretextos de libertad de conciencia... En vano se quisiera, con falsas pinturas de las ventajas de un reinado de dulzura y de moderación, interesar la bondad de vuestro corazón, persuadiros de que autoricéis ó por lo menos toleréis el ejercicio de la supuesta religión reformada; vos reprobaréis esos consejos de una falsa paz, esos sistemas de una tolerancia capaz de conmovir un trono y de sumir á Francia en las mayores desgracias. Os lo rogamos encarecidamente... terminad la obra que Luis el Grande había acometido y que Luis el Bienamado prosiguió; él habría tenido la gloria de acabarla si las órdenes que no cesaba de dar hubiesen sido cumplidas... A vos está reservado, Señor, dar el último golpe al calvinismo en vuestros Estados... Mandad que sean disueltas las asambleas cismáticas...; excludid á los sectarios, sin distinción, de todas las ramas de la administración pública... Una multitud de víctimas del error, que éste tiene cautivas en sus cadenas por la fuerza, esperan de vues-